

Catecismo 671 – 672 esperando que todo le sea sometido

JOSE IGNACIO MUNILLA

Obispo de San Sebastián

Un cordial saludo a todos los oyentes de Radio María. Un día más, con la gracia del Señor, proseguimos el comentario del catecismo de nuestra madre la Iglesia.

Punto 671:

El Reino de Cristo, presente ya en su Iglesia, sin embargo, no está todavía acabado "con gran poder y gloria" (*Lc 21, 27; cf. Mt 25, 31*) con el advenimiento del Rey a la tierra. Este Reino aún es objeto de los ataques de los poderes del mal (*cf. 2 Ts 2, 7*), a pesar de que estos poderes hayan sido vencidos en su raíz por la Pascua de Cristo. Hasta que todo le haya sido sometido (*cf. 1 Co 15, 28*), y "mientras no [...] haya nuevos cielos y nueva tierra, en los que habite la justicia, la Iglesia peregrina lleva en sus sacramentos e instituciones, que pertenecen a este tiempo, la imagen de este mundo que pasa. Ella misma vive entre las criaturas que gimen en dolores de parto hasta ahora y que esperan la manifestación de los hijos de Dios" ([LG 48](#)). Por esta razón los cristianos piden, sobre todo en la Eucaristía (*cf. 1 Co 11, 26*), que se apresure el retorno de Cristo (*cf. 2 P 3, 11-12*) cuando suplican: "Ven, Señor Jesús" (*Ap 22, 20; cf. 1 Co 16, 22; Ap 22, 17-20*).

Punto 672:

Cristo afirmó antes de su Ascensión que aún no era la hora del establecimiento glorioso del Reino mesiánico esperado por Israel (*cf. Hch 1, 6-7*) que, según los profetas (*cf. Is 11, 1-9*), debía traer a todos los hombres el orden definitivo de la justicia, del amor y de la paz. El tiempo presente, según el Señor, es el tiempo del Espíritu y del testimonio (*cf. Hch 1, 8*), pero es también un tiempo marcado todavía por la "tribulación" (*1 Co 7, 26*) y la prueba del mal (*cf. Ef 5, 16*) que afecta también a la Iglesia (*cf. 1 P 4, 17*) e inaugura los combates de los últimos días (*1 Jn 2, 18; 4, 3; 1 Tm 4, 1*). Es un tiempo de espera y de vigilia (*cf. Mt 25, 1-13; Mc 13, 33-37*).

Estos dos puntos del catecismo, que después de haber hablado de la gloria de Cristo, de Cristo ascendido a los cielos, que reina desde allí; contrasta esas afirmaciones con una conciencia muy clara de que ese reino de Cristo, se da una "convivencia" entre la gracia y el pecado; entre la victoria de Cristo y el ver como en el mundo el mal tiene un influjo muy poderoso. Por eso el catecismo hace referencia a que "no somos ingenuos", que somos conscientes de que la Gracia tiene su victoria

plenamente consumada en Cristo, pero su reino no se ha establecido plenamente en la tierra. En Cristo tiene, este mundo, claramente establecido, que es la gloria de Dios. Pero como estamos todavía es esa especie de “dolores de parto”, los sufrimientos son muy grandes, el misterio del mal tiene mucha fuerza y sus “coletazos” son tremendos.

*“Porque estimo del tiempo presente no son comparables con la gloria que se ha de manifestar, pues la “ansiosa espera de la creación” desea vivamente la revelación de los hijos de Dios”. La creación, en efecto, fue sometida a la vanidad, no espontáneamente sino por aquel que la sometió en la esperanza de ser liberada de la servidumbre de la corrupción, para participar en la gloriosa libertad de los Hijos de Dios. Pues sabemos que la creación entera “gime hasta el presente”, y **sufre dolores de parto**.*

Se habla de un “sometimiento” y hace referencia a satanás –que es príncipe de este mundo, al mismo tiempo que llama a Cristo: “Cristo Rey”-.

Nuestra espiritualidad no está basada en un “optimismo” irreal. Contrastamos esas dos verdades: **Cristo es REY, y satanás ejerce como príncipe de este mundo.**

Vamos a intentar profundizar en este misterio de la iniquidad.

La historia de la Iglesia va desde la primera a la segunda venida de Cristo; es como **un tiempo de crisis permanente**.

Efesios 5, 16:

*15 Así pues, mirad atentamente cómo vivís; que no sea como imprudentes, sino como prudentes; 16 aprovechando bien el tiempo presente, **porque los días son malos.***

Como diciendo: “la situación es cruda...”, el mal reina. Por una parte ha llegado ya el reino de Dios a nosotros:

Mateo 12, 28:

*28 Pero si por el Espíritu de Dios expulso yo los demonios, **es que ha llegado a vosotros el Reino de Dios.***

Pero el espíritu del anti-Cristo, está ahora en el mundo:

1ª Juan 4, 3:

*3 y todo espíritu que no confiesa a Jesús, no es de Dios; ese es el del Anticristo. El cual habéis oído que iba a venir; **pues bien, ya está en el mundo.***

El misterio de la iniquidad está ya en acción

2ª Tesalonicenses 2, 7:

7 Porque el ministerio de la impiedad ya está actuando.

El error y la mentira circulan por el mundo. Abundan violencias, injusticias, el imperio del mal se muestra poderoso en el mundo laboral, económico, cultural, político, sanitario.

La gente sufre, todo el mundo: sufren los pobres, también los ricos de otra forma. La humanidad pierde ilusiones, se cansa; se pregunta desconcertada: “porque las cosas están como están”; ¿Por qué los

cambio sociales, no son capaces?. Es verdad que tenemos un progreso técnico como nunca había existido, una serie de adelantos humanos como jamás había soñado. Las comunicaciones... Pero sin embargo la infelicidad está establecida en muchos corazones. ¿Por qué tanto mal en el mundo?

Este es el contraste de cómo se puede compaginar ese reinado de Cristo, al mismo tiempo que el mal campea por sus respetos. Incluso podríamos llegar a decir que el mal del mundo llega a hacerse casi invisible. El hombre pasa a su lado y no lo ve. A veces el mal es muy visible, otras veces es casi más grave porque se hace invisible. Nos acostumbramos desde niños al mal, y casi no lo consideramos como “mal”. Pensamos: “que así son las cosas...”, “Siempre ha sido así...”. Y eso es casi más grave, nos hemos “connaturalizado” con el mal. Y muchas personas llaman “bien” a lo que es “mal”. Desde la fe, solo el creyente, a la luz de la revelación divina conoce el mal; pero no se queda horrorizado, paralizado de espanto; pues lo conoce **a la luz de la bondad de Dios**. Así podemos llegar a comprender que los males del mundo son **como una enorme sombra de un bien inmenso rechazado**.

Cuando “el bien inmenso de Dios es rechazado”, **cuando el amor no es amado, el mal es como una sombra**, de ese bien que ha sido rechazado. Tantos males que está padeciendo el mundo, son, de hecho como una “revelación sombría de la bondad de Dios rechazada”.

Es necesario contemplar el mal en el mundo, como dice Jesús en los evangelios, estamos llamados a “interpretar los signos de los tiempos”.

El Mismo Jesús nos dijo que debíamos caminar como “ovejas en medio de Lobos”. Es importante que la oveja sepa que es “oveja” y sepa que es “lobo”, sepa distinguir y no confunda.

San Pablo hizo una descripción minuciosa de los males de su tiempo (que sin duda son males actuales). No cabe decir: “Que hablar del mal es ser un pesimista”. San Pablo es absolutamente optimista, el confía plenamente en que Cristo Reina; pero eso no le hace ser ciego a cuales son las consecuencias del mal en el mundo por el rechazo del reinado de Cristo. Os invito a que leáis Romanos 1,18 hasta Romanos 3, 31, donde San Pablo hace una descripción una descripción muy detallada de los males del mundo que se derivan del rechazo de Cristo.

Romanos 1, 18:

18 En efecto, la cólera de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres que aprisionan la verdad en la injusticia;

19 pues lo que de Dios se puede conocer, está en ellos manifiesto: Dios se lo manifestó.

20 Porque lo invisible de Dios, desde la creación del mundo, se deja ver a la inteligencia a través de sus obras: su poder eterno y su divinidad, de forma que son inexcusables;

21 porque, habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios ni le dieron gracias, antes bien se ofuscaron en sus razonamientos y su insensato corazón se entenebreció:

22 jactándose de sabios se volvieron estúpidos,

23 y cambiaron la gloria del Dios incorruptible por una representación en forma de hombre corruptible, de aves, de cuadrúpedos, de reptiles.

24 Por eso Dios los entregó a las apetencias de su corazón hasta una impureza tal que deshonraron entre sí sus cuerpos;

25 a ellos que cambiaron la verdad de Dios por la mentira, y adoraron y sirvieron a la criatura en vez del Creador, que es bendito por los siglos. Amén.

26 Por eso los entregó Dios a pasiones infames; pues sus mujeres invirtieron las relaciones naturales por otras contra la naturaleza;

27 igualmente los hombres, abandonando el uso natural de la mujer, se abrasaron en deseos los unos por los otros, cometiendo la infamia de hombre con hombre, recibiendo en sí mismos el pago merecido de su extravío.

28 Y como no tuvieron a bien guardar el verdadero conocimiento de Dios, entrególos Dios a su mente insensata, para que hicieran lo que no conviene:

29 llenos de toda injusticia, perversidad, codicia, maldad, henchidos de envidia, de homicidio, de contienda, de engaño, de malignidad, chismosos,

30 detractores, enemigos de Dios, ultrajadores, altaneros, fanfarrones, ingeniosos para el mal, rebeldes a sus padres,

31 insensatos, desleales, desamorados, despiadados,

32 los cuales, aunque conocedores del veredicto de Dios que declara dignos de muerte a los que tales cosas practican, no solamente las practican, sino que aprueban a los que las cometen.

Romanos 2

1 Por eso, no tienes excusa quienquiera que seas, tú que juzgas, pues juzgando a otros, a ti mismo te condenas, ya que obras esas mismas cosas tú que juzgas,

2 y sabemos que el juicio de Dios es según verdad contra los que obran semejantes cosas.

3 Y ¿te figuras, tú que juzgas a los que cometen tales cosas y las cometes tú mismo, que escaparás al juicio de Dios?

4 O ¿desprecias, tal vez, sus riquezas de bondad, de paciencia y de longanimidad, sin reconocer que esa bondad de Dios te impulsa a la conversión?

5 Por la dureza y la impenitencia de tu corazón vas atesorando contra ti cólera para el día de la cólera y de la revelación del justo juicio de Dios,

6 el cual dará a cada cual según sus obras:

7 a los que, por la perseverancia en el bien busquen gloria, honor e inmortalidad: vida eterna;

8 más a los rebeldes, indóciles a la verdad y dóciles a la injusticia: cólera e indignación.

9 Tribulación y angustia sobre toda alma humana que obre el mal: del judío primeramente y también del griego;

10 en cambio, gloria, honor y paz a todo el que obre el bien; al judío primeramente y también al griego;

11 que no hay acepción de personas en Dios.

12 Pues cuantos sin ley pecaron, sin ley también perecerán; y cuantos pecaron bajo la ley, por la ley serán juzgados;

13 que no son justos delante de Dios los que oyen la ley, sino los que la cumplen: éstos serán justificados.

14 En efecto, cuando los gentiles, que no tienen ley, cumplen naturalmente las prescripciones de la ley, sin tener ley, para sí mismos son ley;

15 como quienes muestran tener la realidad de esa ley escrita en su corazón, atestiguándolo su conciencia, y los juicios contrapuestos de condenación o alabanza...

16 en el día en que Dios juzgará las acciones secretas de los hombres, según mi Evangelio, por Cristo Jesús.

17 Pero si tú, que te dices judío y descansas en la ley; que te glorías en Dios;

18 que conoces su voluntad; que disciernes lo mejor, amaestrado por la ley,

19 y te jactas de ser guía de ciegos, luz de los que andan en tinieblas,

20 educador de ignorantes, maestro de niños, porque posees en la ley la expresión misma de la ciencia y de la verdad...

21 pues bien, tú que instruyes a los otros ¡a ti mismo no te instruyes! Predicas: ¡no robar!, y ¡robas!

22 Prohíbes el adulterio, y ¡adulteras! Aborreces los ídolos, y ¡saqueas sus templos!

23 Tú que te glorías en la ley, transgrediéndola deshonras a Dios.

24 Porque, como dice la Escritura, el nombre de Dios, por vuestra causa, es blasfemado entre las naciones.

25 Pues la circuncisión, en verdad, es útil si cumples la ley; pero si eres un transgresor de la ley, tu circuncisión se vuelve incircuncisión.

26 Más si el incircunciso guarda las prescripciones de la ley ¿no se tendrá su incircuncisión como circuncisión?

27 Y el que, siendo físicamente incircunciso, cumple la ley, te juzgará a ti, que con la letra y la circuncisión eres transgresor de la ley.

28 Pues no está en el exterior el ser judío, ni es circuncisión la externa, la de la carne.

29 El verdadero judío lo es en el interior, y la verdadera circuncisión, la del corazón, según el espíritu y no según la letra. Ese es quien recibe de Dios la gloria y no de los hombres.

Romanos 3

1 ¿Cuál es, pues, la ventaja del judío? ¿Cuál la utilidad de la circuncisión?

2 Grande, de todas maneras. Ante todo, a ellos les fueron confiados los oráculos de Dios.

3 Pues ¿qué? Si algunos de ellos fueron infieles ¿frustrará, por ventura, su infidelidad la fidelidad de Dios?

4 ¡De ningún modo! Dios tiene que ser veraz y todo hombre mentiroso, como dice la Escritura: Para que seas justificado en tus palabras y triunfes al ser juzgado.

5 Pero si nuestra injusticia realza la justicia de Dios, ¿qué diremos? ¿Será acaso injusto Dios al descargar su cólera? (Hablo en términos humanos.)

6 ¡De ningún modo! Si no, ¿cómo juzgará Dios al mundo?

7 Pero si con mi mentira sale ganando la verdad de Dios para gloria suya ¿por qué razón soy también yo todavía juzgado como pecador?

8 Y ¿por qué no hacer el mal para que venga el bien, como algunos calumniosamente nos acusan que decimos? Esos tales tienen merecida su condenación.

9 Entonces ¿qué? ¿Llevamos ventaja? ¡De ningún modo!

10 Pues ya demostramos que tanto judíos como griegos están bajo el pecado, como dice la Escritura: No hay quien sea justo, ni siquiera uno solo.

11 No hay un sensato, no hay quien busque a Dios.

12 Todos se desviaron, a una se corrompieron; no hay quien obre el bien, no hay siquiera uno.

13 Sepulcro abierto es su garganta, con su lengua urden engaños. Veneno de áspides bajo sus labios;

14 maldición y amargura rebosa su boca. =“

15 Ligeros sus pies para derramar sangre; =“

16 ruina y miseria son sus caminos. =“

17 El camino de la paz no lo conocieron, =“

18 no hay temor de Dios ante sus ojos. =“

19 Ahora bien, sabemos que cuanto dice la ley lo dice para los que están bajo la ley, para que toda boca enmudezca y el mundo entero se reconozca reo ante Dios,

20 ya que =“nadie será justificado ante él =“ por las obras de la ley, pues la ley no da sino el conocimiento del pecado.

21 Pero ahora, independientemente de la ley, la justicia de Dios se ha manifestado, atestiguada por la ley y los profetas,

22 justicia de Dios por la fe en Jesucristo, para todos los que creen - pues no hay diferencia alguna;

23 todos pecaron y están privados de la gloria de Dios -

24 y son justificados por el don de su gracia, en virtud de la redención realizada en Cristo Jesús,

25 a quien exhibió Dios como instrumento de propiciación por su propia sangre, mediante la fe, para mostrar su justicia, habiendo pasado por alto los pecados cometidos anteriormente,

26 en el tiempo de la paciencia de Dios; en orden a mostrar su justicia en el tiempo presente, para ser él justo y justificador del que cree en Jesús.

27 *¿Dónde está, entonces, el derecho a gloriarse? Queda eliminado? Por qué ley? ¿Por la de las obras? No. Por la ley de la fe.*

28 *Porque pensamos que el hombre es justificado por la fe, sin las obras de la ley.*

29 *¿Acaso Dios lo es únicamente de los judíos y no también de los gentiles? ¡Sí, por cierto!, también de los gentiles;*

30 *porque no hay más que un solo Dios, que justificará a los circuncisos en virtud de la fe y a los incircuncisos por medio de la fe.*

31 *Entonces ¿por la fe privamos a la ley de su valor? ¡De ningún modo! Más bien, la consolidamos.*

Llamar bien al mal, son ciegos al mal. No es que sean débiles ante el mal, más que debilidad lo que tienen es casi “aprobación del mal.

Este es el misterio de que el mal tiene un gran influjo en el mundo. Estos dos puntos del catecismo nos llaman a abrir los ojos, a ser conscientes, y a ver también, en tan grandes males, sin por ello desesperar. Los cristianos podemos ver y nombrar los males del mundo **confiando en Dios: sabiendo que todo ha de concurrir para bien de los que confían en Dios.**

Romanos 8, 28:

28 Por lo demás, sabemos que en todas las cosas interviene Dios para bien de los que le aman; de aquellos que han sido llamados según su designio.

A la luz de esta confianza en Dios, los cristianos, podemos y debemos ver los males del mundo, para mejor salvarnos de ellos, y para poder sanar mejor al mundo de sus miserias. Un profeta tiene que ser clarividente a la hora de ver los males del mundo, y saber denunciarlos.

Pedimos esa luz del Espíritu para tener esa “clarividencia” y para ver a la luz de la fe el mal de este mundo. Cuando no tenemos la luz de la fe para juzgar o discernir el mal de este mundo, se juzga el mal de este mundo comparándolo con lo que el mundo ha sido, con el pasado. Pero si es difícil medir el tiempo presente, más difícil es juzgar los tiempos pasados; y todavía más difícil es comparar unos tiempos con otros; además los “tiempos pasados” ya no nos duelen, ya pasaron.

Eclesiástico 7, 10:

“Nunca digas: porque es que los tiempos pasados fueron mejores?, porque nunca preguntarás eso sabiamente”

Esa tendencia que tenemos a pensar que “los tiempos pasados fueron mejores”, es porque no juzgamos los tiempos a la luz de la fe, y es un juicio bastante erróneo.

De cualquier forma también puede ocurrir lo contrario: sin una visión de fe se puede interpretar el mal del mundo y compararlo con lo que “podría ser”, que es la visión idealista: ¿“cómo es posible que ocurra esto en pleno siglo XXI?, ¿Cómo es posible que el hombre cometa a estas alturas este tipo de atrocidades...?.

Como si con el mero hecho del tiempo transcurrido el mal tuviera que desaparecer, por el mero progreso y avance de la civilización ya nos trajera la victoria sobre el mal. Esto es también ingenuo.

El caso es que estas dos concepciones no parten de la luz de la fe, para juzgar y para discernir el mal del mundo. Y las dos coinciden en “pasar la pelota” de la causa del mal a la sociedad. Y eso no es.

La lucha entre el mal y el bien está dentro del corazón de cada uno de nosotros, entre la Gracia y el pecado. Esos “dolores de parto” de los que hablaba San Pablo, tienen lugar en cada uno de nosotros.

Nosotros partimos de una visión realista; no es cierto eso de que “el hombre sea bueno por naturaleza”. La verdad completa nos la da el evangelio: “el hombre es pecador”; y por eso no nos estañamos de los males del mundo, ni los padecemos con “indignación”: ¿de qué nos vamos a indignar...?, sería ingenuo y necio indignarse por el mal del mundo. Lo que nos falta es mirarnos al espejo y mirar nuestra conciencia a la luz de Dios.

Pero sabemos que **“donde abundo el pecado sobreabundo la gracia”**, esto nos da una inmensa esperanza en el poder de la gracia y de la paciencia de Dios, que está diciendo: *“No cortes ese árbol, lo regaremos lo cuidaremos y esperaremos un año más...”*.

Lo que es imposible para los hombres es posible para Dios: DIOS PUEDE CAMBIAR LOS CORAZONES.

Esa firme esperanza en el poder de Dios no nos hace ciegos al mal. Esto no es una especie de “ingenuo optimismo cristiano”, no; es más, nos ayuda a abrir los ojos y a comprobar el poder tan grande que tiene el maligno entre nosotros.

Muchos autores, empezando por san Agustín, vieron el contraste entre el inicio del cristianismo y la decadencia del imperio romano.

Los apóstoles y sus sucesores, la primera Iglesia cristiana tuvo que convivir y evangelizar con una civilización sumamente debilitada tanto moralmente como intelectualmente. Creo que es bueno comparar nuestra situación con la que vivió la primitiva Iglesia.

Entonces se estaba dando una quiebra radical de la vida moral, la hegemonía de Roma sobre el mundo, cada vez se apoyaba menos en la virtud y se apoyaba más en las armas, abundaba el suicidio, el aborto, el divorcio, el número reducido de hijos, las malas costumbres.

Curiosamente el cristianismo tuvo que abrirse paso en situaciones muy similares a las nuestras. Tenemos un testimonio de un tal Marcial que elogia a una madre que tuvo tres hijos, y que compuso poesías para elogiar a otra que tuvo cinco hijos, y que fue honrada en los juegos.

El adulterio era frecuente y tolerado, la esposa, cada vez más, hacia su vida. Roma estaba sostenida por el trabajo de los esclavos, las contribuciones de los pueblos sometidos; y no se pensaba más que en divertirse. El imperio romano decadente ignoraba su estado agonizante y se encontraba siempre de fiesta. En la Roma imperial, los días de fiesta eran más que los días de trabajo. El teatro y el circo estaba continuamente buscando el sensacionalismo, para poder obtener más audiencia. Exigía cada vez dosis mayores de sexo y de violencia. Conocemos de un testimonio que durante doscientos años estuvo en cartelera el “Laureolus”, una obra de teatro cuyo protagonista era un asesino ladrón e incendiario, y por autorización del emperador –Domiciano–, se sacaba a una persona de prisión para matarla en directo en plena obra de teatro.

Dicen que cuando un pueblo decae no suele ser consciente de su propia decadencia. De hecho Roma se estaba corrompiendo sin darse cuenta. Ni siquiera cuando vino el saqueo de los visigodos, se dieron cuenta que Roma estaba dormida y embrutecida en su pecado. La caída del imperio les parecía inimaginable. Sin embargo había personas en medio de aquella decadencia que tenían la luz de la fe para darse cuenta de lo que estaba ocurriendo.

Hay un presbítero que se llamaba Salviano de Marsella, en el año 440 escribía esto:

“Los barbaros son más castos y puros que los romanos, y lo que es más, cosa increíble, han hecho castos a los desvergonzados romanos, que están siendo vencidos, no tanto por los barbaros, sino por sus propios vicios. En España están contentos bajo el dominio de los barbaros, cuyas virtudes no deben de ser ignoradas.”

El primitivo cristianismo se abrió paso en esa situación.

San Agustín, hacia el año 426, dice en su libro “la ciudad de Dios”:

*Lo que más nos importa es que cada uno acreciente sus riquezas, que provean sus diarios despilfarros, **que los pueblos aplaudan, no a los servidores de sus intereses, sino a los proveedores de sus placeres.** Que no se les mande cosa dura, ni se les prohíba cosa impura, que abunden las mujeres públicas, que se edifiquen inmensos y suntuosos palacios, y que a donde, a cada uno más le guste, se juegue se beba, se invite, se gaste. Que reine en todas partes el estrepito de los bailes, húndanse los platos de griterío de lujuriente alegría y de todo género de placeres bestiales y torpísimos.*

Quien no gustare de esa felicidad sea tenido por enemigo público, y que cualquiera que intentare alterarla o suprimirla apártelo la multitud licenciosa, quítelo de en medio de los vivientes; y ténganse por verdaderos dioses los que pusieron al alcance de los pueblos esa felicidad, y una vez alcanzada la han sabido mantener.

Esta es la descripción que hace San Agustín de la ceguera del imperio decadente. Lo mismo que le pasa a la Iglesia actual, que cuando tiene que denunciar los males del mundo, es automáticamente atacada. Roma quiso, hasta el último momento que siguiera la fiesta, pero la fiesta no podía durar. En los planes de Dios entraba que en el 476 arrasaran los barbaros el imperio decadente.

Nuestro mundo actual, es decadente como el imperio romano, y no nos asustamos por lo que pueda venir; vemos muchos signos actuales de esa decadencia: actualmente hay 50.000.000 (cincuenta millones) de abortos; 956.000.000.000 (novecientos cincuenta y seis mil millones) de dólares es el presupuesto anual en armamentos (esto supone 150 dólares por cada habitante de la tierra); cuando hay muchos países que la renta per cápita es de dos dólares diarios por persona.

Ante esto uno se da cuenta de la situación y ve como occidente se corrompe; que el índice de natalidad no permite una regeneración natural; el índice de divorcios ha crecido de una manera exponencial; los males como la pornografía, la homosexualidad, muchos trastornos psíquicos y muchos males que antes eran desconocidos.

En todos estos signos vemos la decadencia de una sociedad, al igual que el imperio romano; por una parte es capaz de compaginar un adelanto técnico muy grande con un “que continúe la fiesta” y que poco a poco todos vamos perdiendo dignidad.

Lo fuerte del asunto es que todo esto va de la mano con una quiebra de la inteligencia, la filosofía y de la religión.

No solo el hombre es débil en sus pasiones, sino que las pretende justificar intelectualmente.

Pablo VI decía, haciendo una especie de descripción de la debilidad de pensamiento:

“La capacidad especulativa del hombre de nuestro tiempo, es rudimentaria y pobre; de hecho ante los grandes problemas de la verdad y de la realidad, se encuentra desprovista de una terminología exacta, de un juicio clarividente, de una lógica constructiva. Es una filosofía despojada del sentido común y del arraigo en la profunda sabiduría.

Uno de los signos de esta decadencia es el hecho de que el mundo padezca lo que podríamos llamar “**los pecados de época**”. Son aquellos que no se pueden percibir por el contexto cultural en los que se desarrollan. Son hábitos absolutamente rechazables, pero el momento presente como no tienen la luz de la fe, no los percibe como tales.

Pecados de época pudieron ser, por ejemplo en los siglos del “romanticismo”, por problemas de orgullo y de vanidad, dos personas se batiesen en duelo a muerte, por una supuesta falta al honor que uno había cometido contra el otro. Era socialmente aceptado y había hasta testigos y jueces que les acompañaban...

Hoy en día hay pecados de época increíbles, como es el mismo aborto. Se designa como “derecho” algo que es abominable. Y que el lugar que tenía que ser el santuario más seguro para el ser humano, como es el seno de su madre, resulta ser el lugar más peligroso. **En España, el lugar más peligroso para la vida, es el seno de la madre.**

Una sociedad decadente es aquella que le falta la luz de la fe para ser capaz de designar como virtud o como pecado a las cosas, sin que el tiempo presente le condicione.

Solamente los santos, solamente los que ven las cosas a la luz de Cristo, tienen la capacidad de no dejarse condicionar por la época en que viven, **porque ven el mundo desde Dios.**

Así es como debemos de ver nosotros el mundo con la luz de la fe. Teniendo la capacidad de trascender el momento presente, ver el mundo en Dios, desde Dios, en la confianza de ver la providencia de Dios que dirige los hilos de la historia.

Lo dejamos aquí.